

RECUERDOS INOLVIDABLES E HISTORIA DE VIDA,
MAESTRA MA. CONCEPCIÓN
GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

MAYRA ZULEMA ANDRADE LAZALDE

ORIGEN FAMILIAR

Ma. Concepción González Hernández nació el 16 de enero de 1965, en el seno de una familia rural mexicana, en Cieneguilla, del municipio de General Francisco R. Murguía (Nieves), al noreste de la capital del estado de Zacatecas.

Su padre fue el señor Baltazar González Castañeda+, último hijo natural varón de la viuda Juventina González Castañeda y del ex soldado militar José Reyes; su madre Ma. Socorro Hernández Zamora, mujer campesina, emprendedora, entusiasta, trabajadora, diligente, a quien nada se le dificultó para realizar sus proyectos. Lo mismo cocinaba para sus hijos, a quienes atendía, cuidaba y educaba con amor y buen ejemplo, que despachar una pequeña tienda que le compró su padre Leonardo Hernández, quien labraba la tierra. Sólo una cosa no pudo vencer, la violencia, el alcoholismo y el machismo de su marido, quien ejercía sobre ella todo tipo de maltrato.

Ma. Concepción González Hernández fue la segunda de ocho hijos del matrimonio González Hernández. Tuvo cuatro hermanos: Tereso, Moisés, Clemente, Joel y tres hermanas: Juventina, Luz Romana y Nancy.

Vivió sus primeros años en su comunidad natal, Noria y Cieneguilla, mejor conocida en esa área geográfica del estado de Zacatecas simplemente como Cieneguilla, en dos pequeñas

habitaciones prestadas por su tío paterno José Flores González (medio hermano de Baltazar). Una era la cocina, la otra, cuarto para dormir; construido de adobe, con piso de tierra, que siempre tenían regado con agua para que estuviera fresco, bien barrido y el techo de terrado. Al lado de sus padres y sus dos hermanos (Tereso y Moisés), Conchita vivió alegre y feliz conviviendo, sin importar la pobreza extrema que padecía su familia.

Su abuelo paterno, José Reyes, sufría de asma bronquial, su madre diariamente mandaba a los niños a que le llevaran los alimentos a su abuelito, quien estaba muy solo y para sentirse acompañado y apoyado, le ofreció a la mamá de Conchita se fueran a vivir a su casa. Así lo hicieron para cuidarlo, brindarle alimentos, cariño y compañía. Su abuelo vivió poco tiempo, debido a que su problema de salud estaba muy avanzado y murió, heredando casa, terreno y sus dos pequeñas porciones de tierras de riego a la familia que lo cuidó en sus últimos días de vida. Al menos ya contaban con un cuartito propio para vivir.

Ahí en Cieneguilla transcurrieron ocho años de su vida, durante los cuales realizó sus primeros estudios de educación primaria, hasta el tercer grado, donde aprendió sus primeras letras con su «Maestra Zefe», quien con amor y dedicación guió sus primeras enseñanzas y su primera inspiración por la vocación magisterial.

LA TÍA CHANA DE SALAMANCA, GUANAJUATO

Transcurría el año 1972, cuando en las vacaciones de verano, en junio, llegaron a casa de visita su tía materna, doña Luciana Flores González y su esposo el señor Ángel Pérez Aguilar, matrimonio que no había procreado hijos, pero en su afán de compartir su amor maternal y paternal gustaban de invitar sobrinos y sobrinas para llevarlos a Salamanca, Guanajuato, donde ellos vivían modestamente, con un estilo de vida urbano diferente al modo de vivir en el medio rural de Cieneguilla.

Su madre, Socorro Hernández, le comentó a la tía Chana que su hija de ocho años, «Conchita», era muy dedicada y había sacado muy buenas calificaciones, pero ya nada más llegaría al cuarto grado, porque en aquellos tiempos solamente hasta ese grado se estudiaba ahí en la comunidad. Los que deseaban seguir estudiando, tenían que trasladarse a la cabecera municipal de Nieves a estudiar quinto y sexto grados.

La tía Chana le dijo a su madre que se la prestara para llevarla a Salamanca para que terminara sus estudios de primaria, ella y su esposo se harían cargo de los gastos para educarla, alimentarla y vestirla. Al fin que la señora Coco, tenía más hijos y su situación económica era muy precaria, le dijo: «Tú encárgate de los que te quedan, yo me hago cargo de Conchita».

Así fue como Ma. Concepción a la edad de ocho años, fue llevada a Salamanca, Guanajuato, a estudiar cuarto, quinto y sexto de primaria. Literal: ¡del campo a la ciudad!

Para una niña de 8 años, lejos de su madre y sus hermanos, el cambio de residencia resultó radical en varios aspectos; distintos estilos de vida, el lenguaje, el tono de voz, la forma de hablar y caminar, los hábitos, la alimentación, la vestimenta, en fin todo iba a cambiar. Nada que ver, comparado con su modesta y humilde comunidad, donde la mayoría de las viviendas tenían la cocina toda humada, lo común de las cocinas del rancho, eran negras por el humo pegado a las paredes y al techo, tenían sus chimeneas donde las madres de familia cocinaban con leña, preparaban sus tortillas hechas a mano usando el comal, la mano de piedra y metate, los únicos alimentos eran tortillas, frijoles, chile, ejotes, calabazas, elotes de los sembradíos, de vez en cuando algún huevo, caldito o guisado de rata de campo, conejo, tejón, gallinas, etc. Casas de adobe por dentro, por fuera, pisos y techos de tierra, de una sola habitación donde se utilizaba como cocina y recámara a la vez, sin camas, con petates, o tal vez, alguna cama con colchón

hecho de lana de borrega o ropa vieja donde ahí dormía toda la familia.

La niña nueva del barrio era la novedad, y para la niña nueva ¡todo era novedad! Casa bonita, con varias recámaras, el comedor, la cocina, el refrigerador, los muebles, un baño de regadera, agua entubada. Aquí no tenía que salir al pozo a traer agua, ni salir a buscar un lugar para hacer sus necesidades al aire libre y usar una piedra o un olote para la higiene después del baño. ¡Todo era novedad!, la televisión en blanco y negro, pero más aún la de colores, los edificios, las calles pavimentadas, los camiones, el ruido, el smog de la refinería de Petróleos Mexicanos, el mercado, las grandes tiendas de autoservicio. Hasta parecía un lugar blanco, ¡muy iluminado!

OTRA ESCUELA

Todo aquello era novedad para la recién llegada a la ciudad de Salamanca, Guanajuato. Se llegó el inicio del periodo escolar, y habría que ver la escuela pública más cercana a la Avenida del Trabajo No. 212, Col. Centro, domicilio donde vivía la nueva familia de Conchita. La tía Chana como su nueva tutora fue a inscribirla al Centro Escolar PEMEX No. 4, con la idea de anotarla en el turno matutino, pero no hubo lugar disponible para la niña, le asignaron el turno vespertino, así fue como se incorporó a su nueva escuela en el 4º D, con su maestra la señorita Margarita. Así se les decía a las maestras, era una maestra de 72 años de edad, muy estricta, quien atendía a cuarenta y cinco alumnas y alumnos.

Resultó un tanto difícil adaptarse a su nuevo contexto escolar, a diferencia de su Escuela Primaria José Ma. Morelos y Pavón de la Comunidad de Cieneguilla, donde el total de alumnos era de veintitrés, acá en la ciudad, un sólo grupo tenía 45 alumnos, donde era muy difícil brindar atención personalizada a tantos. Así pasó el nuevo ciclo escolar 1974, de adaptación sin

acontecimientos relevantes, inadvertida por su Señorita, algunos actos de discriminación por su forma de expresarse, estilo rancho zacatecano con cierto sonsonete en la pronunciación de las palabras como: *lechi, juités'n, vinités'n, hicités'n, Zacatecas'n*, que servían para que las compañeras hicieran burla de ella. Nada de importancia.

Al ingresar al 5° D en 1975, la situación fue más tranquila, ya adaptada al ambiente escolar, con algunas compañeras que vivían cerca de su domicilio, le tocó la maestra Genoveva, mucho más joven que la señorita Margarita; alegre, agradable, ya fue vista por su maestra «Geno», tuvieron algunas interacciones, se sintió tomada en cuenta por su nueva maestra, tenía menos alumnos, y al final del ciclo escolar, mejoraron significativamente sus calificaciones.

Corría el mes de septiembre del año de 1976, al iniciar el ciclo escolar se encontró con una agradable sorpresa, no tendría un maestro, sino tres maestras y un maestro. Qué felicidad, ya se sentía grande y muy afortunada porque tendría muchos maestros; sin embargo, el titular sería el profesor Raúl Martínez Origel, un maestro de complexión robusta, de apariencia enojona, rebelde y malo, quien les daría clases de Matemáticas y Educación Física; mientras que la maestra Ofelia les daría clases de Español y Costura; la maestra Cecilia, Ciencias Naturales y Educación Tecnológica; la maestra Lourdes impartiría clases de Historia y Educación Artística. Este fue el mejor ciclo escolar. Ya bien adaptada, pronto llamó la atención de su maestro y maestras quienes notaron en ella dedicación, esmero, cumplimiento en todos sus trabajos que le permitían sobresalir de los demás, al grado que se ganó la confianza de su maestro titular, quien la nombró encargada del grupo y de las ventas de dulcería del grupo, junto con otras dos compañeras, Leticia Saucedo Morales y Aracely Rodríguez, quienes a la postre seguirían siendo sus amigas. El maestro les daba un número de bolsas de tamarindos

para que los vendieran en la semana, pero ellas las vendían en dos días, sin decirle al maestro compraban más con el mismo dinero y las ganancias de los dulces extras eran para ellas, de esa manera obtenían dinero extra para cubrir algunas de sus necesidades.

Finalizó el ciclo escolar logrando obtener el promedio más alto del grupo, logrando una calificación de Excelente en su certificado de educación primaria.

Su tía Chana, siendo una mujer de cuarenta y siete años y no habiendo podido engendrar hijos, no tenía experiencia en la crianza de hijos y siendo Conchita la única niña que estaba con ella, la enviaba a los mandados comunes de las amas de casa: traer tortillas, lavar trastes, hacer mandados, ayudar en la limpieza del hogar; si la niña no hacía bien alguna tarea, sobran cintarazos, «manazos», pellizcos, estirones de cabello, zapatazos, castigos para que hiciera bien las actividades y frases lastimosas y ofensivas como: «Me caes bien gorda», «chiquilla sangrona», «ya me tienes harta», «yo me dejo de comprar unas medias por darte a ti y no agradeces», «me tienes hasta la coronilla», «pero que ya te voy a entregar a tu madre.» «no sirves para nada», etc. Afortunadamente su tío Ángel Pérez Aguilar era un hombre muy tranquilo, amable, tolerante y muy inteligente, siempre estaba ahí para equilibrar las situaciones y salvarla en ocasiones de las palizas e insultos de su tía.

DE REGRESO AL RANCHO

Al concluir la primaria en el Centro Escolar PEMEX No. 4 en Salamanca, Guanajuato, fue llevada por sus tíos y entregada a su madre Socorro Hernández Zamora. Conchita no entendía la actitud de su tía, pues ella sentía que había puesto todo su esfuerzo para estudiar, obtener buenas calificaciones y buen promedio en la escuela, además de las tareas en la casa ¿por qué su tía la castigaba llevándola de regreso al rancho? Ella lo sentía como un castigo y su anhelo de continuar estudiando quedaría frustrado,

pero nada se podía hacer: su tía ya no la quería en su casa y no cambiaría de opinión, sólo regresaría a Cieneguilla y a ver qué le deparaba el destino.

A su regreso con su madre y sus hermanos, se sentía muy triste pensando que sus sueños de estudiar y ser alguien importante en la vida se esfumaban; sin embargo, le esperaban buenas noticias.

En Cieneguilla, padres de familia de cinco alumnos egresados de educación primaria se estaban organizando para llevar a sus hijos a Nieves a estudiar la secundaria, entre ellos una prima segunda de Conchita. Se trataba de Socorro Reyes Vaquera, sus demás compañeros eran Gustavo Vaquera Castruita, Armando Reyes Suárez, Juan Dehuma y Martín Vaquera; para lo cual su mamá se sumó a aquel grupo de padres de familia que aspiraban a que sus hijos estudiaran, de esa manera todos se irían a Nieves.

La situación económica de la familia González Hernández continuaba siendo muy precaria, ya que el padre Baltazar, se había ido varias veces de «mojado» a Estados Unidos y su madre Ma. Socorro no tenía solvencia económica para pagar los gastos de una estudiante, sin embargo el ánimo, la actitud y el deseo ferviente de su hija había contagiado a su madre, quien, encomendada a Dios y a la Divina Providencia, se había decidido que a como diera lugar su hija se iría a estudiar y con sus medios y recursos la apoyaría para que lograra hacer su sueño realidad.

En ese tiempo, su padre se iba a Estados Unidos, o como se decía coloquialmente «de mojado», tenía que conseguir dinero para pagar a «El Coyote», persona que los pasaba el Río Bravo que hace frontera con México, luego buscar trabajo para pagar esa deuda. Pero si en el trayecto los aprehendía la migra, los encarcelaba por varios meses, hasta que salían de la cárcel volvían a intentar cruzar la frontera, a conseguir dinero para pagar a quien los pasaba, buscar trabajo y comenzar a ganar dinero, no para la familia, sino para pagar sus deudas.

Mientras tanto, la familia, sin padre y sin dinero, sufría extrema pobreza para pasarla en el rancho. La familia a la que hacemos referencia pasaba por esas penurias económicas, que no tenían ni para comer, menos aún para solventar gastos de una estudiante, mantener a una familia de nueve integrantes, ocho hijos y una madre. Pero la determinación y la fuerza de madre e hija se impusieron.

La señora Coco la inscribió en la Escuela Secundaria Tecnológica Agropecuaria (ETA) No. 583, ahora Escuela Secundaria Técnica No. 17 Profr. José Santos Valdés de Nieves, Zacatecas. Le consiguió hospedaje con una antigua amiga, quien era maestra, no le cobraría dinero, sólo le llevaría lo que pudiera de insumos, alimentos y le ayudaría con trabajo doméstico. Con ese compromiso inició sus estudios de secundaria.

Al interactuar con maestros y alumnos se dio cuenta que su nivel académico respecto de los demás estudiantes estaba mejor, así que la hizo sentir segura, su lenguaje y modales habían mejorado, eso le daba un buen nivel de autoestima que le permitía participar en diversas actividades que se desarrollaban en la escuela, como participar en clubes de oratoria, declamación, danza folklórica, atletismo y en las clases académicas. Socializó adecuadamente con alumnas y alumnos de los diversos grados y grupos de la escuela. Ahí en la secundaria todo iba muy bien.

Los problemas surgieron en la casa donde se hospedaba. Ahí la maestra la levantaba muy temprano a regar la calle con agua sucia, con la que se lavaba la ropa, porque no existía drenaje, ahí se acumulaban cientos de lombrices de tierra, que había que retirar con la mano y barrer antes de ir a las 7 de la mañana a la escuela diariamente.

Había que ayudar a los quehaceres domésticos después de la comida. A todos los miembros de la familia de la maestra, que «daba hospedaje gratuito», se les ofrecían más alimentos y comían abundantemente, pero a ella no se le permitía volver a ser-

virse una segunda vez, así que siempre se quedaba con hambre. Para saciar su apetito (como le tocaba lavar los trastes después de la comida), a escondidas comía los sobrantes de los platos de los demás.

Sin darse cuenta, esta acción fue descubierta por la maestra de la casa y eso causó mucha molestia en ella, quien la regañó severamente y le advirtió que la acusaría con su mamá. Otro motivo de molestia fue que Conchita obtenía mejores calificaciones que el hijo y sobrino de la anfitriona, quienes también estudiaban en la misma secundaria. Y un motivo más de enojo, fue que el novio de la hija de la maestra, quien apenas cursaba el quinto grado de educación primaria, estaba enamorado de Conchita, situación que la indignó y motivó a que la golpeara en la cara, acusándola de «ofrecida», «volada» y «sinvergüenza».

Después de estas y otras muchas humillaciones, pidió a su madre la cambiara de casa o mejor la sacara de la escuela.

LA SECUNDARIA SIGUE EN UN INTERNADO

Su madre al ver a su hija tan triste, habló con el profesor Ruperto Ortiz Gámez, director de la Escuela Secundaria, pidiendo la diera de baja y explicando los motivos por los que no podía continuar estudiando. El director, maestro de gran vocación de servicio, inquieto, trabajador y gran luchador social, interesado en que sus estudiantes continuaran su formación, quien conocía las cualidades de Conchita como estudiante, no permitió que abandonara la escuela. Por el contrario, gracias a sus buenas relaciones con el entonces Secretario General de la Sección 34 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) le consiguió una beca para trasladarla al Internado para Alumnas y Escuela Secundaria Técnica No. 157 de La Huerta, Michoacán. Para que no se fuera sola, el director Ortiz le ofreció una beca a la alumna Socorro Reyes Vaquera (prima de Conchita), quien

accedió a cambiarse para acompañar a su prima. De esta manera las dos adolescentes de 13 años fueron trasladadas al Internado a continuar sus estudios de secundaria, lugar que a Conchis le pareció más que una escuela, un paraíso.

Su madre las llevó al Internado, las dejó instaladas y su hija se quedó un poco triste y nostálgica, por lo retirado y alejadas que quedarían, pero muy entusiasmada por continuar sus estudios de secundaria y la gran oportunidad de conocer nuevas personas y nuevos lugares.

Conchis ya era una adolescente, entusiasta, inquieta, desenvuelta, inteligente, segura de sí misma y muy pronto hizo muchas amistades, y se adaptó fácilmente a las normas del Internado. Tenían que levantarse a las cinco de la mañana al pase de lista, correr a ganar las regaderas para que les tocara baño con agua caliente, de lo contrario, tendrían que bañarse con agua fría, arreglarse para estar puntuales en el comedor a las 7:00 de la mañana para formarse a tomar sus alimentos y rápidamente tomar su desayuno para ir a las clases a las 7:30 horas.

Las instalaciones del internado eran enormes, había tres dormitorios muy grandes para las adolescentes, en cada uno estaban instaladas por grados, las de primero, segundo y tercero. Un sólo comedor para cientos de jovencitas, el área de las albercas, las canchas, las glorietas llenas de flores multicolores, los verdes campos donde se realizaban actividades agropecuarias. Era un lugar bellissimo.

Durante los periodos de vacaciones intermedias (invierno y primavera) Conchis prefería quedarse en Salamanca, Guanajuato, por una parte, porque no tenía dinero para sus pasajes, por otra parte, estaba más cerca que su natal Cieneguilla y apoyaría a su tía Chana en los quehaceres domésticos, para que le ayudara con el dinero de los pasajes para su regreso al Internado.

Ahí, entre actividades académicas, artísticas, deportivas, socioculturales, transcurrieron rápidamente los días, los meses y

muy pronto llegó el día de la clausura del año, donde se terminó una bella etapa de estudiante de secundaria.

A las alumnas egresadas del internado de la Huerta, Michoacán, interesadas en estudiar para maestras, se les otorgaba oportunidad de pase automático a la Escuela Normal de Cañada Honda, Aguascalientes, o a la de Saucillo, Chihuahua, ya que eran instituciones formadoras de docentes en la modalidad de internados para aspirantes a ser maestras, cuyo requisito era que fueran de escasos recursos económicos.

La futura maestra tenía ilusión de estudiar en la Normal de Cañada Honda; sin embargo, ese ciclo escolar 1979-1980, ya no se autorizaron pases automáticos, así que tuvo que regresar a su comunidad.

FORMACIÓN INICIAL

En marzo del año de 1979, un grupo de padres de familia liderados por el profesor Ruperto Ortiz Gámez, Director de la ETA No. 583, acudieron a la Delegación Estatal de Educación en Zacatecas a gestionar la creación de una Escuela Normal en Nieves, Zacatecas, la cual fue autorizada para su fundación el día 5 de septiembre del mismo año.

Feliz con esta buena noticia, Conchis pidió a su madre que la apoyara para estudiar en la nueva Escuela Normal. Presentó su examen de admisión, y el día que publicaron los resultados era tal el nerviosismo que los leyó de abajo a arriba, por temor de no haber sido seleccionada. Cuando casi llegaba a los primeros números y no vio aparecer su nombre quiso llorar; sin embargo, para su sorpresa y agrado, quedó en el lugar número dos de los de mayor puntaje. ¡Qué alegría tan grande sintió al ver que era la segunda de más alta puntuación! Fue un momento de gran satisfacción.

Para volver al tema en cuanto a su origen, la familia de la alumna Conchis vivía en la comunidad de Cieneguilla. De nue-

va cuenta su madre tuvo que buscar alojamiento para ella, por lo que visitó a unos tíos lejanos para conseguir hospedaje a su hija, afortunadamente el señor Isidro Espino de 80 años y la señora Soledad de 82 años, con agrado, le ofrecieron su humilde casa para que habitara con ellos.

Todo transcurrió de manera regular en la Escuela Normal, su horario era discontinuo, es decir; acudían de 8 de la mañana a 13 horas y de 15 a 18 horas de lunes a viernes, después, a la salida, continuaba el bullicio en la escuela: el aseo que realizaban los propios alumnos, los entrenamientos deportivos, ensayos de banda de guerra, del ballet folklórico, así como todas las demás actividades que se realizaban diariamente. Los sábados solamente se trabajaba de 8 de la mañana a 13 horas.

Así transcurría la vida: siempre activa y dinámica en la Escuela Normal de Nieves, mientras tanto, Conchita vivía penurias económicas en su familia, dado que su padre no daba luces de vida ni de muerte, pasaban meses y años sin que su madre tuviera información sobre él. Doña Coco tenía que arreglárselas para alimentar a sus siete hijos y además enviarlos a la escuela que, para esta fecha, ya tenía a su hija estudiando en la Normal, a Moisés y Clemente en la secundaria, Juventina y Luz Romana en la primaria y los dos más pequeños Nancy y Joel, se quedaban solos en una casa que había rentado para estar todos juntos en un mismo lugar. El hermano mayor Tereso, de 14 años de edad, se había ido a Estados Unidos con el propósito de encontrarse con su padre, entre los dos trabajar, ganar dólares y enviarlos a la familia para su manutención.

Doña Coco trabajaba como empleada doméstica en diferentes casas por la mañana, para ella implicaba enorme esfuerzo ir a su trabajo por las mañanas muy temprano y tener que dejar sus dos hijos más pequeños Nancy y Joel aún dormidos solos en la casa y sin alimentos hasta las 3:00 de la tarde, hora en que regresaba. Algunas señoras para las que trabajaba, eran amables y

generosas, le regalaban un poco de alimentos, que ella llevaba a casa para dar de comer a sus hijos, pero no siempre era así.

En cierta ocasión Conchis llegó a su casa a la hora de salir a comer. Encontró a Nancy y Joel, sus dos hermanitos más pequeños, sentados en el marco de la puerta, sin calzado, Joel sin calzoncillos, Nancy sin peinar, sucia de la cara y llorando amargamente. Cuando la vieron llegar, lloraron más fuerte y se echaron a sus brazos, diciéndole que tenían mucha hambre. Ella muy conmovida entró a la casa a buscar algo para darles de comer, buscó y buscó, pero no encontró.

Entonces fue a la tienda de doña Chayo a pedirle mandado fiado para hacerles de comer, pero la mujer, muy molesta, les dijo que ya no le iba a fiar a su mamá porque ya le debía mucho dinero y no le pagaba, hasta que le saldara lo que le debía le volvería a fiar.

Conchis regresó a la casa, se puso a llorar junto con las dos criaturas. Después de llorar unos momentos y liberar la frustración y tristeza que esta situación le produjo, se levantó con firmeza y fue a ver de nuevo a la señora de la tienda, le dijo con determinación: «Doña Chayo yo sé que mi mamá le debe mucho, si tuviera dinero ya le hubiese pagado desde hace mucho, siempre le ha pagado. Necesito que nos fíe porque mis hermanitos tienen hambre, no los vamos a dejar que se mueran de hambre... ¿o sí? A ver, ¿si usted estuviera en el lugar de mi mamá, le gustaría que sus hijos se murieran de hambre?» Ella contestó: «Pues no, ¿verdad? Ándale, dime qué vas a llevar, al cabo algún día me han de pagar». Esta anécdota fue un acontecimiento familiar que marcó para siempre a la futura maestra para continuar sus estudios con tenacidad, dedicación, esmero y mucha responsabilidad.

Para los hijos de padres que tuvieron trabajo con sueldo fijo, ganaderos que disponían de animales para vender o agricultores que sembraron sus tierras con la esperanza de cosechar y obtener recursos para dar a sus hijos lo necesario para sus gastos como

estudiantes, no fue tan difícil, como para una madre de familia con tantos hijos que sostener sin sueldo fijo. Estos hijos que fueron estudiantes pasaban en la escuela pensando cómo le harían para pagar tanto gasto, sin dinero, y sin alimentos para comer, en lugar de concentrarse en sus clases, sus pensamientos estaban en cómo se resolverían aquellas necesidades.

La mayoría de estudiantes de escasos recursos económicos estudiaban y trabajaban en sus horarios libres de manera simultánea durante el tiempo que tardaban en terminar sus carreras profesionales. Eso era imposible hacerlo estudiando en la Normal de Nieves, pues no se disponía de tiempos libres para trabajar, por lo que, durante los cuatro periodos vacacionales como estudiante de la Escuela Normal, la joven tuvo que salir a trabajar a Estados Unidos cruzando el Río Bravo de «mojada», durante las seis semanas de vacaciones, para trabajar de sirvienta, limpiando casas y cuidando niños para ganar dinero y ayudar a su madre con los gastos de la escuela.

Cruzar la frontera para ir a Estados Unidos fue un peligro que puso en riesgo su vida; sin embargo, tuvo que hacerlo porque no había otra opción que le permitiera ganar más dinero.

Haber estado en un país que no era de ella, sin documentos legales y sin saber el idioma, la hizo sentir como una delincuente y analfabeta, sufrió humillaciones y discriminación. Los norteamericanos veían a la persona como de una categoría inferior a ellos.

Así transcurrieron los cuatro veranos en Estados Unidos, en septiembre regresaba a continuar sus estudios hasta que concluyó satisfactoria y exitosamente su carrera como profesora de educación primaria aprobada por unanimidad con felicitación.

LA ESCUELA NORMAL DE NIEVES

La Escuela Normal de Nieves como se le conocía a esta institución, fue gestionada y fundada por el maestro Ruperto Ortiz

Gámez, maestro y director, con dos propósitos: brindar oportunidad a los egresados de la Escuela Secundaria para continuar sus estudios en educación superior, y formar educadores para el semi-desierto zacatecano, principalmente a hijos de obreros y campesinos de escasos recursos económicos que provenían del medio rural de aquella región y que no podían enviar a sus hijos a otras escuelas, y a la vez, cubrir la demanda de maestros rurales que tanta falta hacían en el estado de Zacatecas. Ya que los maestros que había en aquel tiempo venían de otras entidades y se generaban cambios continuos por lo que se requerían maestras y maestros que tuvieran arraigo en esa zona geográfica, y que permanecieran por más tiempo en las escuelas del medio rural, formados y capacitados para ese contexto.

Para cumplir con el propósito de formar educadores para el semidesierto zacatecano, la normal puso en práctica el espíritu y la filosofía de la antigua Escuela Rural Mexicana y todo su trabajo fue orientado bajo ese espíritu.

Desde el surgimiento de esta singular Escuela Normal, se abandonó la idea del paternalismo, por lo que los alumnos, personal docente, administrativo y padres de familia, «con sus propias manos» levantaron la escuela, convirtiendo esta frase como el lema principal de la institución «Yo con mis propias manos».

En virtud de que no tenían un lugar propio para la nueva escuela, se iniciaron las clases en las instalaciones de la Escuela Tecnológica Agropecuaria de la comunidad, y de manera simultánea en horarios discontinuos (sin perder clases) se realizaban diversas actividades. Se organizaban equipos con todo el personal desde el director hasta los conserjes, secretarías y los propios alumnos para desmontar el terreno, se acarreó grava, arena, agua, se fabricaron 20, 000 bloques que se necesitaron para construir las instalaciones escolares, se fabricaron 420 metros lineales de malla ciclónica para circular el terreno; se excavaron 2, 200 metros de zanja y se instalaron igual número de metros de

tubos para llevar agua a la escuela; construyeron la plaza cívica, una cancha, el monumento a la bandera, las jardineras y, en un acto de gran trascendencia, se culminó también el monumento al profesor Rafael Ramírez Castañeda, en un acto subliminal para que las generaciones presentes y futuras de maestras y maestros tuvieran presente la filosofía de aquel gran maestro rural.

El objetivo de la formación de maestras y maestros sería para trabajar en escuelas rurales, combinándose así la teoría con la práctica en todos los aspectos; académico, cultural, social, cívico, deportivo, artístico; trabajo de campo, como ganadería, agricultura, apicultura, carpintería, electricidad, soldadura, etc., por lo que la formación docente se consideró integral.

En esta institución, todos estaban más que obligados, comprometidos a trabajar y participar en todo tipo de convocatorias; bandas de guerra, teatro, música, danza, declamación coral e individual, oratoria, lectura, escrituras *pálmer* y *script*, para que el estudiantado desarrollara diversas habilidades que a futuro requerirían para que egresaran bien preparados y formados para integrarse a la educación rural en las comunidades.

Para Conchis el hecho de haber egresado de esta escuela le generó identidad, gran orgullo y satisfacción, ya que a la fecha se ha consolidado y adquirido gran prestigio, gracias al servicio social de los alumnos en las diversas comunidades y en distintas regiones aledañas a la escuela. Asimismo, el trabajo que se ha desarrollado ya en la práctica por maestras y maestros egresados de la institución han puesto en un lugar muy decoroso el trabajo de la Normal...